

El viaje de Lluc y Lina

En un bosque tranquilo, lleno de árboles altos y ríos transparentes, vivían muchos animales. Entre ellos estaban Lluc, un pequeño erizo, y Lina, una liebre muy rápida. Eran amigos desde hacía mucho y, pese a sus diferencias, siempre se cuidaban.

Un día, el Gran Consejo del Bosque anunció una aventura para todos: cruzar las montañas hasta un prado secreto, lleno de flores que brillaban como estrellas. Para llegar tendrían que recorrer senderos difíciles y atravesar ríos rápidos. Estaban emocionados y nerviosos, pero todos querían participar.

—¡Será un reto! —dijo Lluc con los ojos brillantes, aunque sabía que no corría tan deprisa como los demás.

—¡No te preocupes! ¡Juntos lo conseguiremos! —respondió Lina, sonriendo y dándole una palmadita con la pata.

Aquella mañana partieron con Pau, un pájaro que tenía un ala rota; Tuga, una tortuga de paso lento y seguro; y Max, un oso grande y fuerte que a veces se asustaba ante situaciones nuevas.

El primer reto fue un río rápido. Lina saltó fácilmente de roca en roca, pero Lluc, con sus patitas pequeñas, no sabía cómo cruzar sin caerse.

Sintió miedo y vergüenza.

—No puedo hacerlo —dijo triste, mirando el agua con desesperación.

Max se acercó y habló con calma:

—No te preocupes. Puedes subir a mi espalda y te llevaré al otro lado.

Lluc subió, agradecido porque su amigo lo ayudaba sin burlarse de su falta de agilidad. Juntos cruzaron el río.

Después llegaron a un bosque espeso. Los árboles estaban tan juntos que costaba encontrar el camino. Los más pequeños, como Lluc y Tuga, avanzaban con dificultad. Lina, en cambio, podía saltar entre los claros sin problemas.

Pero Pau empezó a temblar. Con el ala herida no podía volar como los demás pájaros y se sentía triste y frustrado.

—Quizá os esté retrasando… —dijo en voz baja.

—¡No digas eso! —exclamó Tuga con una sonrisa—. Yo también voy despacio. Lo importante es que vayamos juntos.

Decidieron reducir el paso para no dejar a nadie atrás. Al comprender que cada uno tenía algo que lo hacía único, comenzaron a ayudarse con naturalidad. Cuando alguien estaba triste o frustrado, otro le tendía una mano o una pata.

Después de muchas aventuras y retos llegaron por fin al prado secreto. Las flores brillaban al sol y bailaban con el viento suave. Agotados y felices, se sentaron en círculo para contemplarlas.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Lluc con una sonrisa de oreja a oreja.

Lina lo abrazó y los demás se unieron al abrazo. Sintieron una enorme alegría y también orgullo, porque todos habían contribuido. No importaba caminar despacio o necesitar ayuda: su fuerza estaba en mantenerse unidos y apoyarse.

Max los miró y dijo suavemente:

—Me gusta esta aventura, pero lo que más me gusta es que siempre nos hemos ayudado, con todas nuestras diferencias. Eso nos convierte en un buen equipo.

Bajo el cielo azul, rodeados de flores luminosas, disfrutaron de un momento de paz. Su amistad y las emociones compartidas los hacían más fuertes. Lluc miró a Lina, Pau, Tuga y Max y pensó que había empezado el viaje lleno de dudas, pero había descubierto en la amistad y la comprensión una ayuda para superar los obstáculos.